

Del ayer

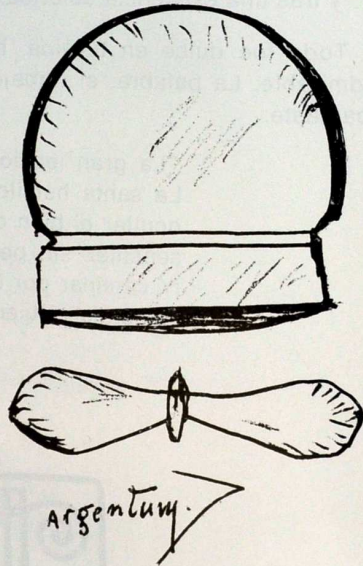
EL MORTERUELO

por ARGENTUM

La llovizna invernal y con ella el frío próximo en los comienzos de un noviembre, antaño, allá por la primera década de este siglo, así como los cambios atmosféricos de las estaciones del año, imponía en los muchachos de los pueblos extremeños, ciertos juegos o entretenimientos a tono prudente con la movilidad muscular o gimnasia útil para su desarrollo.

La guillarda, peona, bolindres, piola, chueca, etc., daban motivo sobrado para un función específica de movimientos, reclamados por la necesidad fisiológica de un natural crecimiento. Y las manos también entraban en acción con el ejercicio del llamado morteruelo. Un pequeño mortero de madera cóncavo, invertido, abarcable por la mano izquierda, y un basto liso, biovalado, en la otra mano, con el que se producía un repiqueteo de castañuela, tan armonioso y equilibrado, que en los anocheceres lloviznosos, el morteruelo era como una especie de sonatina en repique de amores, pues bien se conocía, por la diestra ejecución, quién era el repiqueteante. Yo, no comprendo por qué este instru-

mento vernáculo de sencillas líneas y manejo simple, no se le ha dado entrada en los conjuntos orquestales, junto al hierrillo, platillo, tambor, etc., a los que gana el



morteruelo, por sus tonos más o menos sonoros según la presión sobre el hueco de la mano.

Cada carpintero se veía y deseaba para llenar la demanda de morteruelos: tenían los mucha-

chos cada uno el propio, y, la función trinando de su ejecución coincidía exactamente con la puesta de sol, hasta la hora de cena; tempranito en la anochecida, con el consiguiente yantar de sopitas del tiempo", calduitas y picantes, rociadas con vinillo de la tierra, sin manipulaciones de laboratorio. De verdad todo. ¡Y nos quejábamos!

Con qué dulce infantilidad era feliz el muchacho de ayer, llamándose poseedor de un artefacto musical primitivo, con el que daba gusto a su corazón de niño, sin otras preocupaciones intrincadas.

¿Qué era el "quinto en filas" sino un niño grandote, sin malear, sin gamberrear, que llegaba al Ejército para empezar a ser hombre?

La métrica progresiva de la humanidad no yuxtapone su luminosa influencia moral, en aminorar el mal, al que se inclina el petulante endiosamiento de un cientifismo psiquiátrico. ¿Por qué?. Porque nos está haciendo mucha falta que repiquete en nuestro corazón la puerilidad del bien, el morteruelo vernáculo, que nos desvíe del mal.



EXTREMEÑO CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.